

# EL PRIMER DIARIO DE NICARAGUA

En las primeras horas de una noche de invierno, el año de 1883, se presentó en el cuarto de don Anselmo R. Rivas, en la capital de Nicaragua, un viajero joven, preguntando por aquél. Vestía redingote azul, chaleco blanco, corbata de lazo, y sombrero negro de paño. Llevaba bajo el brazo, en un maletín, pañuelos, cuellos, una camisa, un cepillo de ropa y otros objetos de uso personal.

—Soy Rigoberto Cabezas —dijo al señor Rivas— y vengo de Costa Rica.

Aquel nombre era conocido para el señor Rivas, que contestó:

—Tengo mucho gusto de conocer personalmente a Ud. Su nombre ya me era conocido por su labor en la prensa de Costa Rica. ¿En qué puedo servir a usted?

E invitó a tomar asiento al señor Cabezas.

—Acabo de llegar al país y voy de paso para Masaya en donde tengo familia, pero antes he querido ver a Ud., tanto por el placer de conocerle, como por el propósito de proponerle un negocio.

—Gracias en primer lugar, por sus sentimientos. Veamos ahora en qué consiste el negocio.

Vaciló un momento Cabezas y repuso:

—Como no tengo imprenta ni capital para comprarla, y Ud. es dueño de un establecimiento tipográfico, vengo a proponerle que fundemos en compañía un diario en Nicaragua.

El señor Rivas —hombre calmoso— observó atentamente al viajero, lo abarcó del pie al pelo con su mirada profunda, y después de recogerse, repuso:

—Me tiene Ud. a sus órdenes en lo que pueda serle útil. Tengo de Ud. —y excuse la sinceridad— un alto concepto como escritor, y desearía que aceptara mis servicios. Pero con relación a su pensamiento —que de paso es muy hermoso— no puedo hacer nada. Nicaragua no está todavía preparada para el diarismo. Su vida intelectual es escasa, escaso su movimiento social y político, por lo tanto, escasos los temas para escribir. Una empresa de ese género no podría vivir aquí indudablemente, fracasaríamos.

Cabezas se contrarió mucho al oír la respuesta. Una nube oscureció su frente y murmuró por bajo. La misma historia de Napoleón y Fulton. La humanidad cierra siempre los ojos para no ver la luz.

Reponiéndose de su impresión, contestó:

—Perdone Ud., señor. Esos son prejuicios. Hagamos la prueba y le garantizo los mejores resultados.

Y empeñando la razón, continuó: —La vida moderna no se explica sin el periódico diario, forma parte de su propio movimiento, es su propia alma. El diario es el libro del minuto, la información del momento, de todo lo que ocurre en el mundo moral e intelectual. Su radio de acción es amplio: abarca a todos los órdenes y a todos los gremios. Es útil al sabio, al artista, al agricultor, al comerciante, al profesor, a la modista, a los artesanos: es útil hasta a las lavanderas. Cuando no da una noticia, da un consejo, y marcha a la par del hombre en sus caídas o en sus triunfos. Es

tal la necesidad de leerlo que siente el pueblo, cuando ya se acostumbra a él —lo digo con experiencia— que no hay modo que deje de buscarlo todas las mañanas, como se busca el alimento para el cuerpo.

Gratamente sorprendido quedó el señor Rivas al oír aquellas nuevas ideas, aquellas palabras hermosas que entrañaban una alta visión de las conquistas del espíritu moderno. Lo seducía la música de aquel concepto expresivo, el tono de sinceridad y de fe, que daba un perfil de apóstol a aquel joven de mirada fulgurante y cabellos de ébano, pero no queriendo dejar arrastrar por un entusiasmo que juzgaba pasajero, reprodujo:

—Para editar un diario se necesitaría fuerte gimnasia mental, prontitud para escribir, rapidez de pensamiento, a lo cual no están acostumbrados los escritores del país.

—Esa gimnasia es saludable al escritor. Yo pensaba lo mismo que Ud. antes de practicarla. Y ahora ya ve Ud. la opinión que tengo.

Cabezas hablaba con el acento de un convencido. Después de aquella entrevista tuvieron otras y otras. Siempre tratando sobre el mismo tema, siempre incansable, con igual fe y calor.

Ya no desconfiaba el señor Rivas. Ya no dudaba del éxito. El entusiasmo de Cabezas le había contaminado. Aquella alta convicción se había infiltrado en su espíritu con el prestigio luminoso de la palabra.

Un día de tantos le dijo de pronto al señor Rivas:

—Bien. Supongamos que están allá al frente los cajistas y piden material con urgencia, material que Ud. no tiene.

¿Qué les daría Ud. entonces?

—Deme Ud. el tema y ya verá, contestó Cabezas, sacando el lápiz y las cuartillas y disponiéndose a escribir sobre la pierna.

Meditó un rato el señor Rivas y contestó: "Utilidad Social del Diarismo". He ahí el tema.

Sin perder tiempo, Cabezas escribió rápidamente cuartilla tras cuartilla. Pasados algunos minutos y después de leer y corregir algunos párrafos, las enseñó al señor Rivas.

—Aquí tiene Ud. el tema desarrollado. Así se procede.

Leyó el señor Rivas con calma las cuartillas, una vez, después, otra, y muy entusiasmado se levantó de su asiento y apretó la mano a Cabezas, diciéndole:

—Este es un buen artículo. Es Ud. un improvisador, un repentista.

Y volvió a apretarle la mano fuertemente.

Poco tiempo después empezaba a publicarse bajo la dirección de ellos *El Diario de Nicaragua*, fundador del diarismo en la república y creación de Cabezas.

Esto sucedía el año de 1884 y diez años después ese escritor —transformado en militar— sellaba el movimiento de reincorporación de la Mosquitia.

FRANCISCO HUEZO